

AMÉRICA COLONIAL: DENOMINACIONES, CLASIFICACIONES E IDENTIDADES

ALEJANDRA ARAYA ESPINOZA, JAIME VALENZUELA MÁRQUEZ (EDS.)

SANTIAGO DE CHILE: RIL EDITORES, 2010, 414 PP.

El mundo colonial al que nos tenía acostumbrado la historiografía tradicional se basó en las relaciones económicas, sociales y demográficas observadas desde datos objetivos y demostrables a partir de una metodología estadística. La realidad hispanoamericana fue, por consiguiente, estudiada desde la estructura colonial de dominación y control de la sociedad, en cuanto a la organización del trabajo y a la jerarquización de los distintos grupos humanos del gran enjambre de sujetos que componían dicho mundo segmentado en “castas”: indígenas, mestizos, negros, mulatos, etc. El llamado orden colonial debía ser respetado a partir de la construcción de un discurso que legitimaba la dominación, en la medida que categorizaba a dichos sujetos y los ubicaba en un determinado lugar y rol social. Este orden en sí, de manera estática y funcional, fue el que había sido instaurado por la tradicional práctica historiográfica nacional.

A partir de una comprensión posmoderna de la Historia, el objeto de estudio se centra en el hombre en sí y este puede ser estudiado como lo que es: un sujeto dinámico que interactúa con el tiempo que le toca vivir. De esta manera, nos encontramos ante un sujeto histórico que puede reaccionar ante el orden y el control impuesto, de tal manera que logra rearticular el discurso colonial y así redefinir tanto su propia identidad como la distinción del otro. Entonces, llega a descubrir posibilidades de movilización social.

América colonial nace a partir del coloquio homónimo que se llevó a cabo en marzo de 2009, a lo largo de dos jornadas realizadas en las dependencias del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Contrastar la creación discursiva en torno a lo “americano” con las prácticas sociales —fenómeno de la sociedad colonial en términos de clasificaciones y definiciones de

los sujetos y asimismo la construcción de sus identidades— es el problema historiográfico que congregó la realización de este coloquio en donde especialistas tanto nacionales como internacionales reflexionaron en torno al tema. Como nos indican los editores, “reflexiones que apuntaron a realidades geográficas y humanas diversas, en función de sujetos de estudio específicos y que fueron enriquecidas con el inestimable diálogo interdisciplinario que se produjo gracias a la participación no sólo de historiadores, sino también de antropólogos y de especialistas en literatura” (13).

El libro se divide en cuatro secciones con el fin de ordenar las temáticas. La primera, *El poder de nombrar y de apropiarse*, entiende que el hecho de “nombrar” como un primer paso en la estrategia de dominación da luces para una posible nueva historia política en la que podamos apreciar el contraste entre teoría y el uso de categorías y conceptos en el proceso de conquista, así como en la construcción de identidades por parte del mundo indígena. El marco temporal y espacial aquí es tratado de manera amplia, abarcando grandes espacios geográficos y cuestionando además las periodizaciones historiográficas de “conquista” y “colonia”. En esta etapa es interesante el cuestionamiento que se hace a la historiografía relativa al tema indígena y que podemos apreciar en el artículo de Hugo Contreras, “Los conquistadores y la construcción de la imagen del *indio* en Chile Central”. Se realiza una revisión de la mirada que se ha establecido sobre el tema, y que ahora toma otros matices gracias al diálogo interdisciplinario que ya no considera al sujeto indígena desde la inferioridad cultural y la barbarie, sino a partir de una mirada antropológica e integradora que pretende apreciarlo en su alteridad.

La segunda sección, *Denominaciones e identidades; Categorizaciones hispanas y dominación colonial*, nos hace cuestionar la homogenización que de los sujetos se había instaurado a partir del discurso ideológico colonial. Este es deconstruido para resignificar identidades y etnicidades a partir de una nueva lectura de las categorías y clasificaciones que componían dicho discurso. Es importante señalar que las clasificaciones coloniales hispanoamericanas —y, en particular, las concebidas para la realidad nacional— se enmarcan dentro de la lógica de guerra y en donde prima la violencia para la resolución de conflictos. Es así como surge la pregunta sobre qué significa ser considerado indio “amigo” o “enemigo” dentro de la lógica de las relaciones fronterizas entre mapuches

y españoles en el trabajo de Jimena Paz Obregón Iturra: “Para acabar con los *indios enemigos*. . . y también con los *amigos*. Los mapuches-araucanos ante las concepciones hispanas de alianzas y antagonismos (Chile, 1670-1673)”.

En la tercera sección, *Velar y develar: taxonomías y estatus en la práctica social*, se nos muestra cómo operan en la dinámica de la vida cotidiana del siglo XVIII las categorizaciones sociales en cuanto a “calidad” y en cuanto a “color”, ambas en directa relación. Las autodenominaciones que los sujetos hacen de sí configuran identidades propias, ajenas a las que pretende el orden colonial, lo cual redefine y transforma sus posibilidades de movilidad social. Es así como la identificación de “español” se transforma con el tiempo, cambio que es posible constatar en la documentación legal de la época. El mundo hispano colonial es un mundo de apariencias y de representaciones, por lo tanto, debemos buscar más allá del discurso legitimador de la dominación para entender su lógica de funcionamiento.

Por último, *Formas de registrar y epistemologías del saber*, nos acerca a la construcción del conocimiento científico en torno a lo que es “América”. En este sentido, el punto es abordado tanto en lo que respecta al conocimiento como a la construcción de los sujetos de dicho conocimiento y su clasificación. La documentación, ante la necesidad de clasificar a una población que se configura a partir del fenómeno del mestizaje, rotula y diferencia a estos sujetos solo con el acto de nombrarlos. Al respecto, Alejandra Araya, en “Registrar a la plebe o el color de las castas: *calidad, clase y casta* en la Matrícula de Alday (Chile, siglo XVIII)”, analiza los censos como fuente de registro de la mezcla racial encargada de ordenar y clasificar a tales sujetos estableciendo claras distinciones. Por otro lado, está la construcción del conocimiento sobre América que los ilustrados españoles y europeos realizaron dentro de la lógica del control imperial. Llegaron a ser tan críticos de la realidad regional, al cuestionar la estructura de dominación política y las restricciones económicas impuestas a las colonias, que incluso sufrieron la censura que luego repercutió en el posterior proceso de emancipación. El trabajo de Rafael Sagredo “La valoración de lo americano en la práctica científica ilustrada” apunta a este tema.

Finalmente, el texto culmina con una breve biografía de cada uno de los autores que componen la obra, en donde se incluye una sucinta referencia

a sus trabajos en el ámbito de la antropología, la historia y la literatura. *América colonial...*, en resumidas cuentas, se erige como una obra necesaria para la historiografía actual en tanto aporta una visión multidisciplinaria y crítica sobre nuestro pasado. Su gran mérito es permitir el surgimiento de nuevas miradas y reflexiones que aporten elementos para repensar nuestra identidad latinoamericana.

NATALIA MURIEL PAVEZ SEPÚLVEDA
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
nataliamuriel1980@gmail.com